

¿De qué raza vienes? Construcción de identidades de género en la región purépecha

Ana María Ramírez Herrera*

Este estudio pretende mostrar cómo a partir de una añeja matriz cultural indígena purépecha, presente en un conjunto de axiomas revalidados en el discurso cotidiano, en voces como *p'indekua*, *k'ashúmbikua*, *k'urátsikua* y *siruki pani*, por ejemplo, se exaltan cotidianamente modelos ideales del *deber ser*, y cómo los individuos, dependiendo del sexo, la edad, la clase social, estatus en la familia y comunidad, y en determinadas circunstancias, discurren asumirlos como preceptos aunque decidan practicarlos o no en situaciones reales. Los purépecha no son sujetos pasivos de su cultura, por lo que no necesariamente existe uniformidad en el pensar y en el hacer del grupo; así, se intenta mostrar cómo los cambios y continuidades en las normas y valores constituidos histórica y socialmente, con respecto a los ideales de conducta de hombres y de mujeres, son interiorizados y reproducidos por los individuos en forma de *habitus* (Bourdieu, 2007: 86-87), entendiendo este último no sólo como una simple reproducción de reglas del pasado, sino como el resultado de interpretaciones y recreaciones de esas reglas a través de la experiencia vivida de cada uno de los actores. Voces como *p'indekua*, *k'ashúmbikua*, *k'urátsikua* y *siruki pani* tienen que ver con la visión del mundo y por tanto están cargadas de valor; refieren un marco general que caracteriza a la sociedad purépecha, y que provee a los individuos de elementos para recrear constantemente su identidad. Son voces que conllevan fuertes contenidos ideológicos y una continuidad histórica, pero que también encierran conocimiento acumulado sobre una multiplicidad de aspectos relativos a la vida práctica, al orden colectivo y al imaginario indígena, algunos de los cuales han sido estudiados por otros investigadores.

Desde mi perspectiva, es a través de estas voces que podemos acercarnos a los modos por los cuales la sociedad purépecha conceptualiza su visión sobre el ideal femenino y el deber ser en la cultura, y mantiene cierta organización social en torno a la sexualidad, a partir de clasificar ciertas prácticas como apropiadas o inapropiadas, morales o inmorales, institucionalizándolas y enmarcándolas socialmente en normativas y reglamentaciones hacia la sexualidad de la mujer, con

*Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).



la finalidad de forzar el matrimonio monógamo y asegurar una descendencia legítima. Al mismo tiempo, analizar estas formas de institucionalizar y reglamentar la sexualidad en esta cultura nos permite entender por qué los individuos purépecha parecen organizar sus múltiples y variadas actividades para reflejar o expresar el género, y por ende, están dispuestos y predispuestos a percibir el comportamiento de los demás bajo una luz similar.

En la cultura purépecha se espera que las mujeres cultiven un sentimiento de vergüenza y buena reputación, lo cual se encuentra conectado con su ciclo vital: el entrenamiento doméstico, la virginidad como virtud prematrimonial, la fidelidad en el matrimonio y la abstinencia sexual en la vejez. Esto es parte importante en la organización de la vida sexual de las mujeres en las comunidades purépecha.

Para los purépecha del siglo XXI, actuar conforme a normas y reglas permite dar continuidad a un cierto orden social, que para las mujeres entrevistadas es desfavorable, pero aceptado por obligación y protección del honor de su familia. A partir de ese orden de cosas, las mismas mujeres han sido y siguen siendo las principales encargadas de vigilarse a sí mismas. De igual forma, entendiendo que entre los purépecha funciona la idea de que el comportamiento bueno o malo se hereda a las futuras generaciones, se muestra específicamente el significado que tiene, dentro del actuar de los individuos, el *sĩruki pani*, el cual involucra nociones de prolongación que también dirigen el quehacer de las personas según lo establecido por la tradición.

Estas nociones intervienen en la conciencia de los individuos al momento de tomar ciertas decisiones en el marco de la unidad doméstica, de la familia extensa y de la comunidad. Es a partir de esa idea de prolongación que se explica por qué existe una vigilancia constante hacia la propia conducta y hacia la de los demás. Es una situación que West y Zimmerman (1999) han trabajado en otros contextos y que refieren como una especie de *rendición de cuentas* con sus implicaciones de género que atañen a toda la comunidad, por el hecho de vivir o formar parte de la misma, en la que cualquier acción o decisión que se tome tendrá implicaciones tanto en el honor personal, como en el honor familiar. El honor se inscribe en esferas diferentes; un honor social que se mantiene y hereda por línea masculina, y un honor sexual que se mantiene y hereda por línea femenina.

Ello nos permite entender por qué las mujeres son las principales interesadas en vigilar y mantener su honor intacto, así como el de sus parientes mujeres, con el afán de no exponer a su descendencia al estigma comunitario. Es una situación relativa a la moral y los roles asignados por género, que también se revela indirectamente en las conversaciones cuando se dice que *es la mujer la que avisa al hombre de la tradición*. Esto puede ilustrarse a partir de genealogías y casos, en los



que existe un estigma por parte de la comunidad hacia determinadas familias; es una condición *heredada* y arraigada que cuestiona el honor del grupo hasta por tres o más generaciones.

Esto explica por qué las mujeres son las principales interesadas en vigilar y mantener su conducta como intachable, ser *bien vista* y también sus parientes mujeres, ya que de no ser así, toda su descendencia será estigmatizada por la comunidad. A decir de los informantes, realmente se considera que las conductas y comportamientos se heredan por *la sangre* y que difícilmente puede cambiarse una conducta. Durante las entrevistas, al preguntarles por qué algunos familiares lo heredaban y otros no, los informantes aseguraban que todos lo heredan, pero que unos tienen la sangre más *cargada* que otros y que los que se parecen más físicamente a las mujeres u hombres que tienen el antecedente, son los que *de seguro* van a ser iguales que sus antepasados. Sin embargo, también hay casos en los que a pesar del estigma, hombres o mujeres a través de muchos años y con un comportamiento y conducta intachable, han logrado que la comunidad ya no los asocie con algún *antecedente negativo*. Ilustraré esto a partir de la genealogía de una familia que tiene *antecedente negativo* frente a su comunidad y que según su concepción se ha heredado y arraigado hasta por dos o más generaciones.

Isku janti uérasti

Esta genealogía es de una mujer que heredó el antecedente de *mujer puta* o en purépecha *isku janti uérasti* (mujer de casa de las putas), el cual fue heredado por parte de su abuela paterna. Este antecedente se refiere cuando una mujer, dentro del matrimonio, tiene relaciones sexuales o sale con otros hombres, pero sigue viviendo con su marido; también puede ser visto como una mujer que anda con diferentes hombres, pero no se establece con ninguno y se sabe que ha tenido relaciones sexuales con ellos. Por la contextualidad del idioma purépecha, la frase *isku janti uérasti* puede traducirse en varias concepciones: “la mujer que anda sin rumbo, la que anda en el aire, la mujer que no es nada, que no se ubica, que el pueblo no la ubica en ningún lugar, que no pertenece a nada; va sin rumbo por la vida, como una hoja al viento; no se somete a las reglas del pueblo; ni a las reglas de un hombre, es completamente libre”. Sin embargo, también esa libertad tiene consecuencias, ya que no es aceptada por el resto del pueblo y es blanco no sólo de habladurías, sino también de sanciones sociales, como no ser bien recibidas en fiestas familiares, no ser invitadas a ser madrinan, no obtener cargos y en ocasiones también sufren del acoso de hombres casados.



Lucrecia Zavala heredó este *antecedente*. Durante su vida siempre le han insistido que se parece a su abuela paterna, tanto físicamente como en el temperamento, en la forma de ser, en sus conductas. Lucrecia explica en una de las entrevistas que su familia siempre la comparaba con su abuela fallecida, sobre todo su abuelo Agustín Zavala, quien se la pasaba diciéndole que eran iguales, que se parecía tanto a ella en la cara, pero también en el carácter. En una ocasión, como Lucrecia no sabía mucho sobre su abuela, quería saber de su vida y por qué siempre la comparaban con ella. Insistió tanto a su abuelo que le contara sobre ella, que sólo una vez accedió a hacerlo, pero le pidió que nunca más le volviera a preguntar, pues había sido una *mala mujer*. La historia me fue relatada así:

Cuando su abuelo se fue de migrante, en el programa Bracero, su abuela tuvo que *ganarse* la vida mientras su esposo regresaba. Decidió *irse por el mal camino* y se dedicó a la prostitución, es decir, tener relaciones sexuales a cambio de dinero. Aun cuando el marido ya había regresado, ella continuó con *esa vida*. En una ocasión, suponen que se fue a la Cañada de los Once Pueblos para ganarse la vida; en ese viaje fue asesinada y su cuerpo fue arrojado debajo de un puente de la comunidad de Santo Tomás, perteneciente a la Cañada de los Once Pueblos; la gente que la encontró, oriunda de esa comunidad, vio que *se vestía como las de Cherán*, es decir, que usaba el traje tradicional, por lo que llamaron a una mujer comerciante de esa comunidad para que la identificara. Ella la reconoció y dio aviso a sus familiares en Cherán. Ninguno de sus familiares quiso reclamar el cuerpo, ni siquiera el abuelo de Lucrecia, por lo que fue enterrada en el ahora antiguo panteón de Santo Tomás.

Lucrecia entendió por qué nadie quería contarle nada sobre su abuela. Siente que tal vez era por eso que a ella siempre la *veían fácil*. Cuando tenía 10 años, uno de sus tíos trató de abusar sexualmente de ella y aunque no llegó a la violación porque logró escapar, al contarle a su madre lo sucedido, ésta la reprendió y le dijo que seguramente ella lo había provocado. Cuando cumplió 16 años y estaba estudiando la preparatoria abierta, se enamoró de un maestro que la cortejaba y decidió tener relaciones con él. Quedó embarazada y cuando ya iban a hablar con los papás de Lucrecia para pedirla en matrimonio, alguien del pueblo les avisó que él, el novio, estaba casado en la comunidad donde había nacido, Charapan.

Aunque el maestro trató de explicarles que iba a separarse de su mujer, pues estaba enamorado de Lucrecia, Francisco, el padre de Lucrecia, le prohibió que volviera a acercarse a su hija. Ella tuvo a su hija y sigue soltera. Su padre, a disgusto de su madre, le permitió que siguiera estudiando, mientras ellos se hacían cargo de la nieta. Ser madre soltera, estudiar fuera de su



comunidad y ser una mujer independiente le ha *costado* a Lucrecia que su mamá y sus hermanas constantemente le pidan cuentas sobre sus acciones. Su madre, cada vez que tienen algún disgusto, le reclama y le dice que por su culpa su linaje se *manchó* y que a ella, que tanto le costó *aguantar* a su padre sin separarse y no *manchar* su *raza*, ella la vino a *ensuciar*. Lucrecia cuenta que a veces se siente muy mal, porque las suegras de sus hermanas les echan en cara lo que hizo ella y las maltratan y las vigilan para evitar que también ellas *manchen* el honor de sus hijos.

Lucrecia explica que aun cuando ella quisiera irse a vivir sola con su hija, no lo puede hacer, ya que en Cherán está prohibido que una mujer soltera sea independiente y se vaya a vivir sola, pues sería objeto de abusos y vejaciones porque no tendría a nadie que le *hiciera sombra*. Ahora su papá es el que *la establece, la que le hace piso*, pero una vez que él muera, no tendrá a nadie que la proteja y la respalde ante la comunidad. A pesar de que no le gustaría casarse con alguien de su pueblo, cree que en un futuro tendrá que hacerlo, ya que no quiere que su hija sufra lo mismo que ella y en la medida de lo posible, tendrá que asegurarle un hogar estable y que ante los ojos de la comunidad sea correcto.

Existen muchos otros *antecedentes* que heredan las familias. En el caso de los hombres, la mayoría están relacionados con ser trabajador, no tomar, proveer a la familia, ser honrados, etcétera. En la comunidad de Ocumicho, también perteneciente a la Sierra Tarasca, los hombres de una familia tenían el antecedente de ser de los *roba vacas*, ya por tres generaciones. Don Julián, perteneciente a la tercera generación de esa familia, me relató que él juró que nunca *robaría vacas* aun cuando se estuviera muriendo de hambre, para que la comunidad nunca lo asociara con eso. Tardó muchos años para que ya no lo identificaran como de los *roba vacas*, pero se ganó el respeto de la comunidad y ahora es don Julián. Algunas personas creen que los *antecedentes* los marcan y no pueden cambiarse, que ya se traen en la sangre y nada puede hacerse, especialmente con los *antecedentes* que están relacionados con faltas en la conducta de las mujeres. Pero otras personas consideran que sí puede cambiarse, que así como don Julián vive una vida intachable de acuerdo con los estándares de la comunidad, todos pueden cambiar sus *antecedentes*, es decir, el respeto de la comunidad se gana individualmente pero con mucho trabajo.

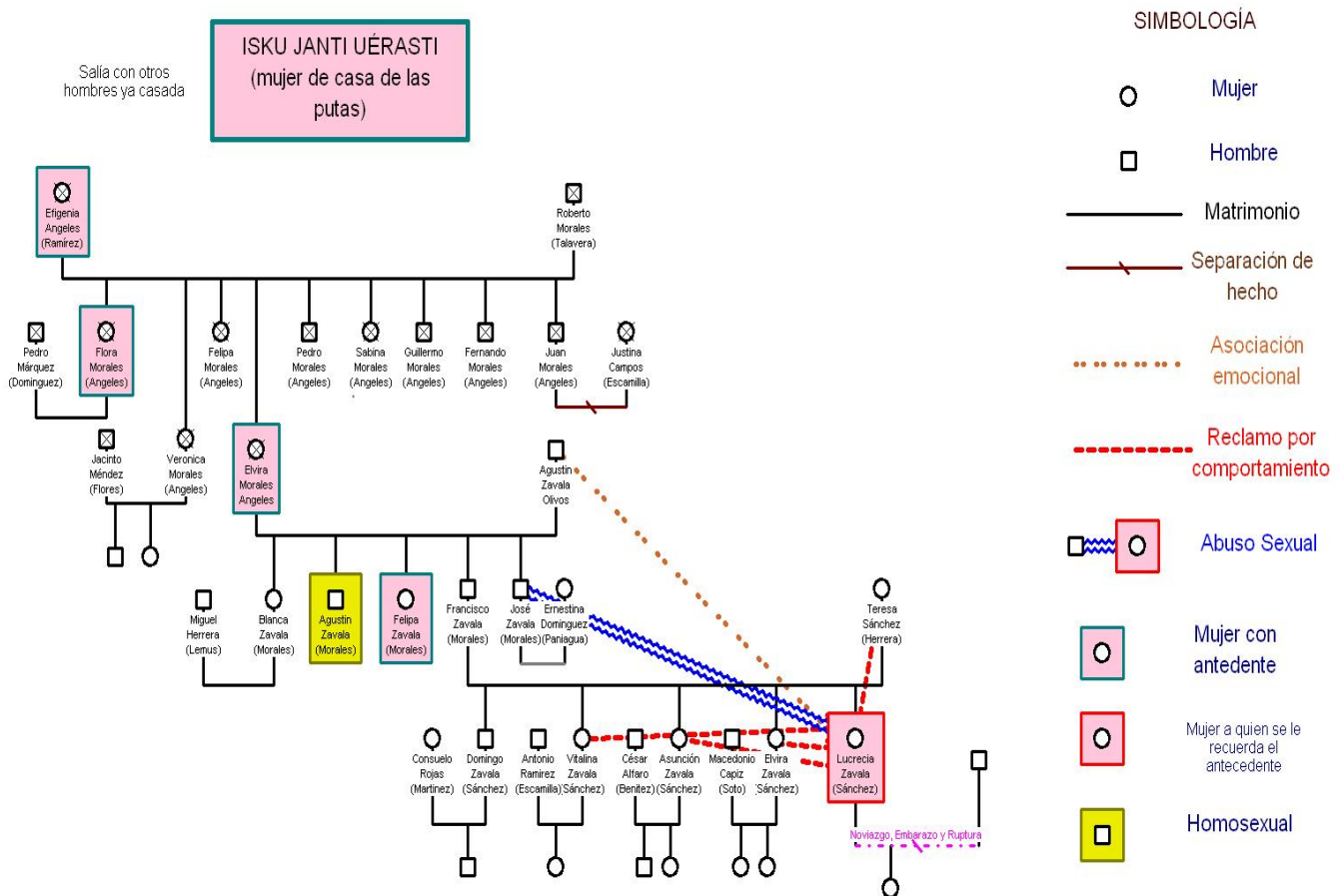
En las mujeres, el *antecedente* ideal es el de pertenecer a una familia en la que sus mujeres tienen *kashúmbikua*, es decir, que son mujeres de su casa, recatadas, fieles a su marido, no visitan otras partes, sólo salen con su marido o acompañadas de sus cuñadas, no se cambian mucho, etcétera. Este es finalmente, para las suegras, el ideal de mujer para sus hijos. Así, encontramos que existe una fuerte vigilancia por parte de la comunidad a las acciones de los individuos y se busca



constantemente constatar que realmente están cumpliéndose las normativas, y mientras haya alguien para observar, deberá mostrarse ante los otros un buen comportamiento, siempre en busca del ideal alcanzable para ser *bien visto* en la comunidad.

Para el caso de las mujeres, las reglamentaciones existentes en la cultura están asociadas directamente con su sexualidad y el uso correcto del cuerpo, y para el hombre, se asocia más con su carácter de proveedor familiar y su posición en la comunidad. De esta forma, la genealogía presentada permite mostrar no sólo lo que pasa cuando estos ideales difícilmente son alcanzables, sino también permite entender por qué las mujeres son las principales interesadas en lograr *antecedentes buenos* dentro de sus familias. La elección de consortes, cargos para padrinzagos, cargos dentro de la comunidad, entre otros aspectos, atraviesan esta búsqueda de *antecedentes* o linaje para *saber a qué atenerse*, y aunque muchas veces la elección del individuo no necesariamente es la ideal, sí constituye una ideología permanente en el colectivo.

Cuadro 1. Diagrama de parentesco *Isku janti uérasti*



Fuente: Elaboración propia.

